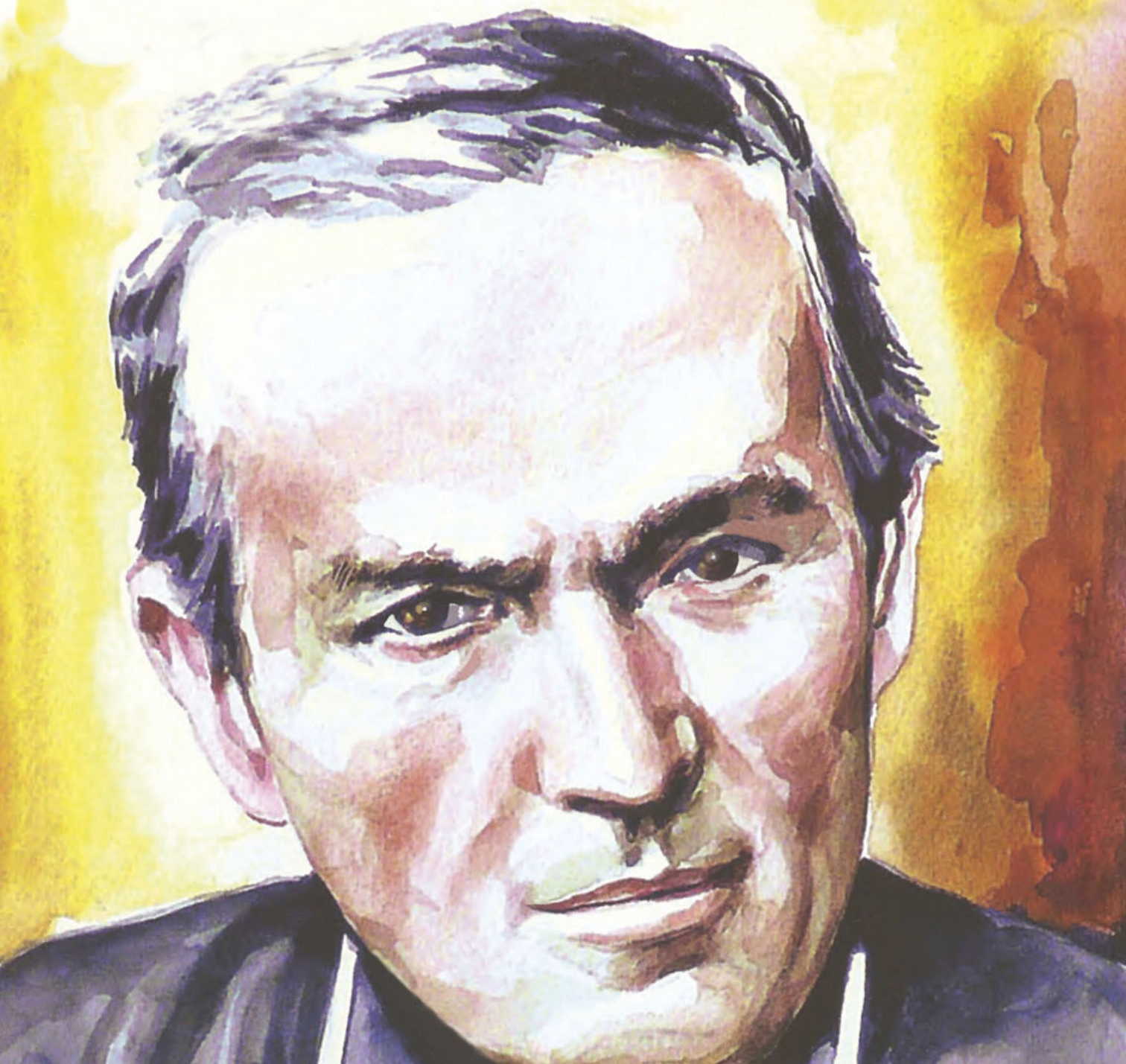


230212

carisma

ABRIL 2026 · SUPLEMENTO AL N° 3.453 DE VIDA NUEVA



200 AÑOS DEL NACIMIENTO DEL BEATO ANTONIO CHEVRIER,
FUNDADOR DE LA ASOCIACIÓN DE SACERDOTES DEL PRADO

Apóstoles pobres para
evangelizar a los pobres

“**M**e convirtió el misterio de la Encarnación”. Con estas palabras, **Antoine Chevrier** se refería al episodio que vivió, en su meditación silenciosa de la noche de Navidad de 1856, delante del Pesebre en la parroquia de Saint-André, del barrio obrero de la Guillotière, en la ciudad francesa de Lyon. A ella fue enviado después de su ordenación en 1850; era su primer nombramiento y allí pasó sus seis primeros años de ministerio. Fue el tiempo en el que iba a madurar su conversión espiritual y sacerdotal.

Al atravesar el río Ródano, por el puente de la Guillotière, el caminante se encontraba con un panorama insólito. En la ribera izquierda, la del Viejo Lyon, había dejado atrás los edificios civiles más notables y representativos, sus calles y plazas históricas en las que habitaba una población clásica de la burguesía lionesa. Allí estaba la hermosa catedral gótica de San Juan, símbolo de



El sacerdote, con varios jóvenes de la escuela clerical que fundó

una Iglesia antigua, heredera del rico pasado lionés en la tierra de San Ireneo y de numerosos mártires de los primeros siglos. Desde entonces, Lyon es considerada la iglesia primada de Francia.

Llegando a la ribera derecha, en menos de dos kilómetros se asentaba “otro

Lyon”. La Guillotière era un barrio proletario de aglomeración formado por numerosas familias obreras venidas del mundo rural a trabajar en los talleres textiles que proliferaban en los alrededores del río. Sus casas poco tenían que ver con las de los burgueses de la otra orilla. Allí vivían los patro-

Busto del Padre Chevrier

EL BEATO ANTONIO CHEVRIER VIVIÓ UNA CONVERSIÓN EN SU MEDITACIÓN DE LA NOCHE DE NAVIDAD DE 1856 QUE ORIGINÓ UN NUEVO CARISMA EN LA IGLESIA

La espiritualidad del Prado, una novedad



nos y aquí aguantaban los trabajadores en habitaciones de mala muerte que rozaban el chabolismo y la miseria. Toda la Guillotière respiraba un aire sórdido de sufrimientos e injusticias acumulados.

El joven presbítero Chevrier, que ya desde el seminario había sentido el deseo de ser misionero en países lejanos, se encontraba sin pretenderlo en un país de misión a la puerta de su casa. La parroquia de Saint-André recordaba en sus piedras la nobleza de las iglesias del Viejo Lyon, pero en su interior nada era igual. La gente no acudía al culto, se

sentía lejos de cuanto la parroquia podía representar. Los niños sin escolarizar eran explotados en trabajos inapropiados; los horarios excesivos les impedían acudir a la escuela y a la catequesis para recibir los sacramentos.

Chevrier trabajó en la parroquia de Saint-André codo con codo con el párroco y otros sacerdotes mayores que él. La mayor parte de la faena caía sobre sus hombros. No le faltaba ardor y celo apostólico, pero tras seis años de ministerio, Chevrier se daba cuenta de que no era caso de hacer más, sino de actuar de otra manera. No se podía aplicar la pastoral tradicional, aprendida en el seminario y practicada por la mayoría del clero de su época, a una situación social

y religiosa tan diferente. Pero él no se sentía capaz de distanciarse de sus compañeros y buscar una pastoral alternativa. Chevrier no era un hombre de rupturas; nunca iría en contra de sus colegas. Seguía trabajando honestamente y dejaba hacer a Dios.

La ocasión llegó cuando en mayo de 1856 unas lluvias devastadoras azotaron el valle del Ródano. La ribera derecha estaba bien protegida; no así la izquierda, sin encauzar por entonces. Las inundaciones de la Guillotière pusieron al descubierto las grandes contradicciones de la sociedad a las que la Iglesia no podía ser ajena. La imagen de Chevrier navegando en un bote de remos, salvando a los naufragos y repartiendo socorros, era algo más que el testimonio de su buen corazón. Dios le estaba abriendo las entrañas de una nueva realidad que los seis años de vida parroquial en medio del barrio solo habían servido para ocultar. Dios estaba allí, en las calles, fuera del templo, sufriendo con los que sufren. Entre las aguas mortíferas se encontraba la vida en forma de solidaridad entre vecinos e incluso de personas burguesas que se habían atrevido a cruzar el puente maldito. Fue una de ellas la que más impresionó al joven vicario de Saint-André; se trataba de **Camille Rambaud**, un cristiano que atraviesa el Ródano hacia la orilla peligrosa del río y se viene a vivir entre los pobres del barrio, a compartir sus miserias, a vestir sus guardapolvos de trabajo y compartir >>



Chevrier, en sus primeros años de ministerio sacerdotal

sus existencias bañándolas con las aguas mansas del Evangelio. Y esto... ¡un laico! ¿Dónde estaban los representantes del clero, de la Iglesia oficial? La respuesta se la dio el propio Señor: su encarnación y su misión entre los hombres.

'EL VERDADERO DISCÍPULO'

Un Dios que, en Jesucristo, el Verbo encarnado, viene hacia nosotros, que se hace pobre para enriquecernos con su pobreza: en Él estaba la clave. Había que evangelizar de nuevo a los cristianos de la Guillotière y, después de la oración de Navidad de aquel mismo año ante la humildad del Pesebre, Chevrier había encontrado la solución. No se trataba de cambiar de métodos pastorales, de atraer a los fieles

Retrato del fundador del Prado

con bellas iglesias, de cambiar de lenguaje buscando una palabra más elocuente. Había sentido una llamada del Espíritu a conocer a Jesucristo, el Verbo de Dios, el verdadero Maestro, para adherirse enteramente a Él, amarle y seguirle “por todos los caminos de la justicia y de la verdad”.

Primero fue Rambdaud, pero ahora era el mismo Señor quien le mostraba el camino. Más tarde escribirá cómo comprendía su nuevo “método” apostólico pensando en aquellos niños abandonados y delincuentes en potencia: “Iré en medio de ellos, viviré su misma vida y les daré la fe. Esos niños verán entonces quién es el sacerdote”. Un discípulo de Jesucristo, un evangelizador a tiempo completo antes que un hombre del culto y de los sacramentos. En adelante, Jesucristo sería su modelo y el santo Evangelio su regla de vida. Tenía que darse prisa y aprender de aquellas gentes un nuevo modo de ser cura. En el seminario de Saint-Irenée, sus formadores, los PP. Sulpicianos fundados por **Jean-Jacques Olier** (1608-1657), seguidores de la Escuela francesa de espiritualidad, le introdujeron en un amor ferviente a Jesucristo. Pero era una “devoción” que se quedaba en unas prácticas intimistas. A este propósito, Chevrier escribirá:

¿A quién debemos predicar?

A Jesucristo.

No conozco más que a

Jesucristo y Jesucristo crucificado.

Él es el fundamento de todo.

Su divinidad. Este es uno de los puntos principales.

Un poco menos de devoción y un poco más de fe en Jesucristo.

(‘El Verdadero Discípulo’, 449).

En adelante, Antoine Chevrier enseñará a otros sacerdotes, seminaristas y laicos por él dirigidos el secreto aprendido en la noche de Navidad: “Estudiar a Jesucristo” en las páginas del santo Evangelio. Imitarle en todo, hacer como Él hace, con sus mismos sentimientos y su mismo Espíritu.

EL SACERDOTE SEGÚN EL EVANGELIO

Si sus escritos principales, sacados de la contemplación de Jesucristo en el santo evangelio, llevaban por título *El Verdadero Discípulo*, el subtítulo *–El Sacerdote según el Evangelio–* completaba el perfil de la espiritualidad apostólica vivida y practicada por aquel joven presbítero a quien todos ya llamaban padre Chevrier.

La providencia le iba abriendo caminos. La policía acababa de clausurar en medio del barrio un local de mala fama, el baile de Le Prado. Estaba en venta. Con las ayudas de gentes variadas se pudo comprar aquel caserón destartado y prepararlo para acoger a los niños de la calle como centro catequético. Unas buenas mujeres y varias personas colaboradoras

serían los catequistas, que habrían de convivir con los niños y adolescentes bajo el mismo techo, así como lo hizo el propio Chevrier y algún sacerdote que siguió sus pasos. La principal catequesis era la convivencia, las labores domésticas, el ejemplo mutuo. Aquellos chavales no tenían que ir a trabajar a los telares de la seda. Chevrier y los suyos pedirían limosna como unos menesterosos para sostener aquel internado que había dado la vuelta al barrio. La sala de baile ¡se había transformado en capilla!; el patio central se dedicaba a espacio de juegos; las buhardillas ya no acumulaban trastos, eran los dormitorios. Lo único que no cambió fue el nombre. Para la gente de la Guillotière aquel edificio y aledaños seguiría siendo la Casa del Prado. El padre Chevrier y los demás sacerdotes serían curas del Prado; los catequistas eran los hermanos y hermanas del Prado. Por fin Chevrier había abandonado Saint-André. Su parroquia actual se encontraba en las calles y en el caserón del Prado. En él se estaba cumpliendo el carisma recibido: “Hacer apóstoles pobres para evangelizar a los pobres”.

LA OBRA DEL PRADO EN LA ACTUALIDAD

La realidad actual de los sacerdotes del Prado surge de la época del padre Chevrier. Como entre los sacerdotes educados en el seminario diocesano no encontraba sacerdotes que quisieran ser apóstoles pobres de los

pobres, fundó su propia escuela clerical y acompañó a un grupo pequeño de seminaristas hasta que algunos fueron los primeros sacerdotes en el carisma del padre Chevrier. En esa línea de evangelio estamos los sacerdotes del Prado. Los modos han cambiado. El Prado ya no es un internado donde evangelizar a los chicos para que pudieran hacer su Primera Comunión; ni siquiera en estos momentos hay seminario propio. Los sacerdotes del Prado somos diocesanos como los demás, sin obras propias; pero viviendo el sacerdocio desde el carisma del padre Chevrier de ser apóstoles pobres para hacer comunidad cristiana entre los pobres. Vivimos diversas formas de fraternidad y pedimos a nuestros obispos que nos envíen a zonas descristianizadas, a barrios populares donde vivir “según el Evangelio”. También nos ofrecemos para trabajar en centros de formación sacerdotal (seminarios) o ser consiliarios en movimientos laicales. Subrayando siempre la perspectiva evangelizadora. El foco será siempre Jesucristo y los pobres. Ellos nos enseñarán cómo evangelizarlos porque queremos con ellos formar comunidad cristiana. Nuestro carisma, en el seno del clero diocesano, es el de formar comunidad cristiana entre los débiles y los pobres, entre los que no cuentan; y para ello vivimos entre los pobres para llevarles el Evangelio con la esperanza de que ellos mismos sean evangelizadores. ■

Una vida de entrega a los últimos

EL PADRE CHEVRIER FUE BEATIFICADO POR JUAN PABLO II EN 1986, MÁS DE 100 AÑOS DESPUÉS DE SU MUERTE

6 ABRIL 1826. Antonio Chevrier nace en el centro de Lyon, hijo único de **Claude** y **Margarita**. Su padre es empleado de impuestos y su madre tiene un pequeño taller; es tejedora de seda. A los once años ingresa en el seminario. Será un alumno normal, un buen seminarista. Había pensado en las misiones extranjeras, pero renunciará a este proyecto presionado por su madre ya viuda. En su formación tienen un lugar preferente la Sagrada Escritura y la moral de san **Alfonso M^a de Ligorio**.

25 MAYO 1850. Es ordenado sacerdote y enviado como vicario a la parroquia de San Andrés, en el barrio de La Guillotière. Se siente feliz con el nombramiento: “Hay mucho bien que hacer en cualquier parte”. Pero pronto verá la triste realidad.

8 DICIEMBRE 1855. Hombre de salud muy frágil, se ve obligado a retirarse y guardar cuatro meses de reposo. Estos cuidados habrán de repetirse a lo largo de su intensa vida.

31 MAYO 1856. Unas inundaciones del Ródano le permiten entrar en contacto con las familias de los siniestrados y constatar más de cerca su situación miserable.

FINALES JUNIO 1856. Queda impactado por el encuentro con **Camilo Rambaud**, un joven burgués de Lyon, que ha fundado la Ciudad del Niño Jesús, una barriada en la que se construyen casas para los obreros y se da catecismo a los niños pobres. Chevrier será nombrado su capellán.

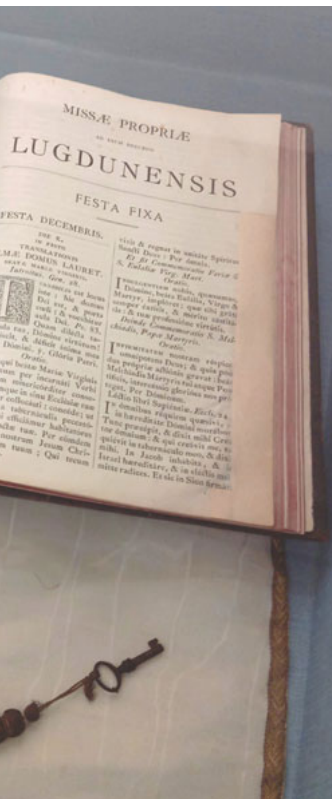
NOCHE NAVIDAD 1856.

Contemplando el Pesebre se decide a seguir a Jesucristo en su amor infinito a los hombres, en su abajamiento, en su humildad y en su pobreza. “Me convirtió el misterio de la Encarnación, me decidí a seguir a Jesucristo más de cerca, para hacerme más capaz de trabajar eficazmente para la salvación de las almas... Si se quiere evangelizarlos, se debe hacer lo que Jesús ha hecho: compartir su vida y hacerse pobre como ellos”.

10 DICIEMBRE 1860. Conducido por las circunstancias, fundará más tarde la obra de “La Primera Comunión” en un antiguo salón de baile público llamado “El Prado”. El lugar quedará en adelante marcado por el proyecto de Chevrier: un centro de catequesis para los niños y jóvenes más pobres del barrio donde se comparte la vida y el Evangelio. Allí ofrece gratuitamente a mayores y pequeños su propia consigna espiritual: “Conocer a Jesucristo lo es todo”. La Casa del Prado funcionará con la ayuda de la Providencia. Habrá momentos muy difíciles, en los que el mismo Chevrier, irá a pedir como un pobre a la puerta de la iglesia de La Caridad.



1865. En el Prado, Chevrier pondrá también en práctica la otra vertiente del carisma recibido: “Apóstoles pobres para evangelizar a los pobres”. Entra en relación con algunos seminaristas y sacerdotes que se acercan al Prado, pero ninguno llegará a sintonizar con su orientación. Abrirá entonces en el Prado una incipiente escuela clerical (un internado preseminario menor) con algunos chicos de la casa.



GUERRA 1870. Desmanteló completamente esta escuela clerical. Pero Chevrier encontró una casa en Limonest, en el campo, al norte de Lyon. En principio era un centro para niños con discapacidad intelectual, donde recibían catequesis. Con el tiempo fue convirtiéndose en casa de Formación y Seminario del Prado.

OCTUBRE 1876. Los futuros cuatro primeros sacerdotes salidos del Prado

cursarán teología en el Seminario de San Ireneo de Lyon. Más tarde, el arzobispo autorizará su envío a Roma. Son diáconos y van a formar una pequeña comunidad para vivir conforme a las directrices de Chevrier escritas en *El Verdadero Discípulo*.

26 MAYO 1877. Son ordenados presbíteros en San Juan de Letrán. De regreso a Lyon, el arzobispo promete dejar a estos cuatro sacerdotes al

A la izquierda, el museo de Chevrier. Debajo, su tumba y el pesebre. A la derecha, la casa de Lyon, la capilla y la habitación del sacerdote

servicio del Prado. El P. Chevrier está cada vez más débil y enfermo.

9 ABRIL 1878. Los cuatro parecen abandonar la idea de retornar al Prado. Chevrier escribe a Jaricot, uno de ellos, confiándole su amargura: “Márchense todos a rezar... me quedará el consuelo de haber hecho trapenses, cartujos y misioneros, ya que no he conseguido hacer catequistas, aunque me parece que hoy es esta la necesidad del momento y de la Iglesia...”. Finalmente, Jaricot, arrepentido, volverá al Prado en junio.

31 DE OCTUBRE 1878. Chevrier celebra la misa por última vez. Desde entonces permanece en cama

6 ENERO 1879. Chevrier presenta su dimisión y el Padre Duret, uno de los cuatro, se convertirá en el superior.

2 OCTUBRE 1879. El P. Chevrier muere a los 53 años. Sus funerales tuvieron un valor significativo. Trescientos sacerdotes participaron en ellos. Toda la Guillotière estaba allí. El Prado se irá extendiendo por Francia y por varios países. En esta difusión interviene Mons. Alfred Ancel, responsable general del Prado de 1942 a 1971 y obispo auxiliar de Lyon de 1947 a 1973, llamado el “obispo obrero”. Participó activamente en el Concilio Vaticano II, sobre todo, en la redacción de *Gaudium et Spes*.

4 OCTUBRE 1986. Juan Pablo II celebra la beatificación de Chevrier en su Lyon natal: “Testigo del amor que Dios siente hacia las muchedumbres de ‘pequeños’ semejantes a él. Fue su servidor, su apóstol. Para ellos fue el “sacerdote según el Evangelio”.” ■

“**M**e decidí a seguir a Jesucristo más de cerca para ser más capaz de trabajar en la salvación de los hombres”. Esta es la fórmula de nuestro compromiso que retoma la frase de nuestro fundador tras la experiencia de la conversión. El P. Antonio Chevrier (1826-1879), de la diócesis de Lyon, era ya un sacerdote entregado, pero Cristo le llamó a una adhesión más fuerte con él, para buscar ser como él.

SACERDOTES SEGÚN EL EVANGELIO

El centro de la espiritualidad del sacerdote es Jesucristo: “Conocer a Jesucristo, amar a Jesucristo, seguir a Jesucristo”. Este es el ideal sacerdotal del P. Chevrier. *Exemplum dedi vobis* (Jn 13,15): este versículo del Evangelio según san Juan muestra para el P. Chevrier la fuente del ministerio de Cristo. Hemos de configurarnos con Él en sus sentimientos, pensamientos, acciones y, sobre todo, vivir su espíritu de servicio y de caridad. Así el horizonte de nuestro ministerio es: *Sacerdos alter Christus*.

UNA ESPIRITUALIDAD DE LA PALABRA ENCARNADA

Durante la noche de Navidad de 1856, el P. Chevrier es transformado por la contemplación del Verbo hecho carne

que quiere comunicarse a los hombres haciéndose un frágil bebé en la pobreza de un pesebre. Esta conversión tiene dos consecuencias inmediatas en su ministerio: busca una forma de vida sacerdotal más pobre y más cercana a los pobres y comienza a estudiar de manera intensa la Palabra de Dios. Inicia así una manera específica de acercarse a la Palabra de Dios que él llama: el estudio de nuestro Señor Jesucristo o el estudio de Evangelio. Una meditación de la Biblia desde la perspectiva del apóstol que quiere conocer a Cristo para poderlo comunicar a los demás. Una meditación atenta y sencilla para poder narrar quién es Jesucristo. ¿Cómo se conoce a Jesucristo? ¿Cómo llenarse de su Espíritu? Leyendo, estudiando los Evangelios y el conjunto de la Sagrada Escritura. Es un trabajo que nos sitúa como oyentes de la Palabra para acoger las luces que Jesucristo nos ofrece, dejar que transforme nuestra vida y nos haga dóciles discípulos y apóstoles. En la oración de cada día este estudio se va haciendo vida.

Somos sacerdotes diocesanos que vivimos nuestra vocación pradosiana en medio de nuestro presbiterio, entre los compañeros sacerdotes de nuestra diócesis. Pero nos sentimos llamados a responder a una llamada particular de Cristo según un carisma reconocido por la Iglesia en un instituto secular clerical de derecho pontificio.

LOS TRES “TODOS” DEL P. CHEVRIER

Nuestro carisma tiene una concreción singular en lo que hemos venido a llamar los tres todos.

“Conocer a Jesucristo es todo”. En el corazón está la contemplación de Cristo, rostro de Dios que ha venido a comunicarnos el querer de Dios. “Haz, oh Cristo, que yo te conozca y que te ame”.

“Tener el Espíritu de Dios es todo”. Estamos llamados a ser como Cristo, no solo de manera exterior, sino sobre todo dejando que su Espíritu more en nosotros. Este Espíritu de Dios, como en la Virgen María, hace nacer y crecer a Jesús en nosotros. Cada



Una vocación particular

EL IDEAL SACERDOTAL DEL PADRE ANTONIO CHEVRIER SE RESUME EN UNA SOLA FRASE: “CONOCER A JESUCRISTO, AMAR A JESUCRISTO, SEGUIR A JESUCRISTO”

mañana los pradosianos son invitados a comenzar su jornada con una oración al Espíritu Santo.

“Lo único necesario es anunciar el Evangelio a los pobres”. Ministros de comunión y enviados a anunciar a todos la Buena Nueva, somos llamados a comenzar por los más pobres. Es una prioridad que permite no olvidar a nadie por el camino. El P. Chevrier hablaba de “pobres, ignorantes y pecadores”.

Hay muchas iniciativas para el socorro material de los pobres, pero no tantas en las que se proponga ofrecerles a Jesucristo como su mayor riqueza. Y finalmente, porque es nuestra vocación y nuestra vida: “Saber hablar de Dios

y darle a conocer a los pobres e ignorantes, eso es nuestra vida y nuestro amor” (C 181). Dios ha querido darse a conocer a todos sus hijos, pero ha dado a los pobres un sentido especial para reconocerle y aprender de Él. Los primeros en acudir al pesebre son los pastores, pobres por múltiples motivos. Jesús se siente enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres y da gracias a Dios porque ha tenido a bien que sean ellos los que conozcan los misterios del Reino. El Padre Chevrier habla de ellos como “los amigos de Dios” (C 114) y reconoce en ellos el sentido espiritual que hace que le conozcan y le amen: “Dios ha puesto en ciertas almas un sentido espiritual

y práctico que encierra más sentido común y espíritu de Dios que cuanto hay en la cabeza de los más grandes sabios. Testigos, algunos buenos campesinos, algunos buenos obreros, y buenas obreras, mujeres que comprender inmediatamente las cosas de Dios y saben explicarlas mejor que muchos otros” (VD 218).

Hacer la catequesis para los pobres es un don de Dios; la oración cobra una importancia singular porque hemos de pedirle que nos lo conceda; y el Estudio de Evangelio lo que nosotros ofrecemos como colaboradores de la obra de Dios: “Aplicaos bien a la oración y a fundamentar vuestra vocación de catequistas de los pobres” (C 114). ■



Un cura todoterreno para pedalear la España vaciada

EL PRADOSIANO SEBASTIÁN GIL MARTÍN ES, EN ARÉVALO, MODELO DE ESE “SACERDOTE SEGÚN EL EVANGELIO”

Texto: Rubén Cruz. Fotos: Jesús G. Feria

Sebastián Gil Martín lleva siete de sus casi 40 años como cura en Arévalo. Y eso se nota paseando con él por sus calles, porque va repartiendo saludos a todo aquel que encuentra a su paso. “Es que atiendo a la gente, intento estar cercano y voy a los bares”, puntualiza. Conoce a su gente y trata de ser ese “sacerdote según el Evangelio” con el que soñaba Antonio Chevrier a mediados del siglo XIX desde Lyon. Ni Arévalo es la Guillotière ni las circunstancias son las mismas hoy que a las que se enfrentó el fundador del Prado, pero este cura todoterreno -encargado de 12 pueblos de la comarca- vive con la convicción de ser un “apóstol pobre para evangelizar a los pobres”, como reza la máxima de la espiritualidad del beato que tanto a Sebas como a muchos otros pradosianos cautivó al comienzo de su ministerio presbiteral.

“Yo intento ser ese apóstol pobre viviendo con sencillez y estando cerca de las personas, sobre todo de los enfermos, ancianos, migrantes... Porque en los pueblos la pobreza tiene muchos rostros, desde la soledad de los mayores, hasta las pobrezas crónicas de aquellos que están enganchados al alcohol”, afirma. De hecho, “en la Cáritas parroquial es donde más ‘yo’ me siento”, comenta Sebas, que no es el párroco-acompañante de Cáritas, sino que es uno más, participando en la atención pastoral, junto con su equipo, de todos aquellos que tocan a su puerta.

Arévalo, situado en la zona norte de la provincia de Ávila, apenas cuenta con

8.000 habitantes, mientras que entre los otros 11 pueblos -Sanchidrián, Adanero, Gutierre-Muñoz, Orbita, Espinosa de los Caballeros, Palacios de Goda, Tornadizos de Arévalo, Aldeaseca, Donvidas, Sinlabajos y Villanueva del Aceral- no suman ni la mitad. Es la España vaciada, pero no la España abandonada. Al menos, por su párroco. Sebas es un sacerdote atípico. Una *rara avis* dentro del clero. Y no por beber de la espiritualidad de Chevrier, sino por su otra pasión: el deporte. Acumula en su habitación 19 medallas de todos los maratones que ha corrido dentro y fuera de España. Pero también se maneja a la perfección a dos ruedas y cada verano se va, con otros dos sacerdotes, de viaje en bicicleta.

Más allá de su afición por el deporte, que le mantiene activo y le ayuda a desconectar del día a día, Sebas es un convencido de la sinodalidad mucho antes de que el papa Francisco se lanzara a programar un Sínodo para recordar a la Iglesia que debemos caminar juntos, aunque es verdad que “es un momento eclesial que me ha llenado de esperanza”. Para hacerse presente en todos los pueblos, cuenta con la ayuda de un sacerdote de 82 años y un joven colombiano que estudia en la Universidad Pontificia de Salamanca entre semana y los fines de semana le ayuda con las misas. Sin embargo, “la originalidad que tenemos en estos momentos es la manera de funcionar, con un equipo pastoral, formado por uno o dos laicos de cada pueblo, que nos reunimos todos los meses”. “En este





grupo rezamos, compartimos la vida de cada pueblo, tanto eclesial como social, y tenemos un tiempo de formación. Antes de terminar distribuimos las misas para el mes siguiente, incluidas las celebraciones de la Palabra, porque hay un grupo de seis celebradores para los fines de semana en las que no hay sacerdote en alguno de los pueblos”, explica.

La realidad es que, según sus palabras, Arévalo es una comunidad viva gracias al equipo pastoral. No pasa lo mismo en el resto de los pueblos, cuya población está muy envejecida y, donde, “con tanto frío, ir a misa el domingo es un acto heroico”, reconoce el sacerdote, acordándose de tantas, sobre todo mujeres, que pese a las bajas temperaturas del invierno no prescinden de la eucaristía. De esta manera, “nos mantenemos pese a las dificultades”, subraya Sebas, que se autodefine como “un cura normal”, cuyo recorrido está marcado por la Acción Católica, sobre todo la Juventud Obrera Cristiana (JOC), de la que fue consiliario.

“La JOC fue una escuela pastoral para mí, y de ahí viene mi manera de acoger a la gente, de organizarme pastoralmente, de programar... La JOC fue también una escuela de sinodalidad permanente, donde no existe el clericalismo, porque aunque yo animaba el movimiento, son los propios jóvenes los responsables. Diría que es una dinámica pastoral muy participativa”. Él, como el resto de pradosianos, al estar insertos en sus diócesis como uno más, no llevan un cartel en la frente que diga que son parte de la asociación sacerdotal.

No obstante, muestra su ADN pradosiano “en el día a día, en mi manera de alimentarme espiritualmente, de rezar, de hacer estudio del evangelio, de buscar la centralidad de Jesucristo en mi vida, y eso intento vivirlo, cotidianamente, en la cercanía y en la tarea pastoral”. Por eso, en el equipo de pastoral “hago propuestas como cualquier otro, yo no impongo. Es muy importante dar la palabra a la gente y escuchar para hacer camino en común”, sostiene este sacerdote que ha visto en la opción decidida de **Francisco** por la sinodalidad -respaldada ahora por **León XIV**- un acicate para su modo de organizar la vida parroquial.

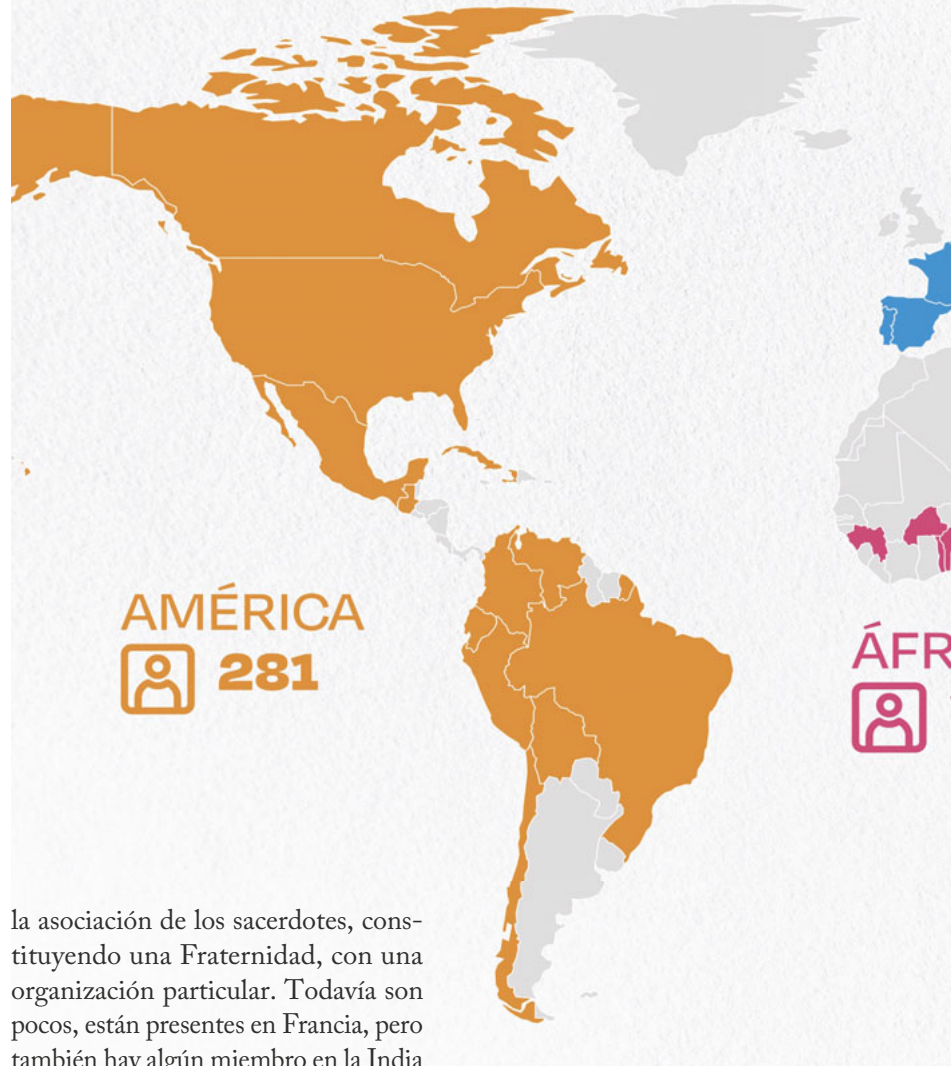
Para él, ser un cura de pueblo es todo un regalo. Pero para “conocer a Jesucristo, amar a Jesucristo y seguir a Jesucristo” -como pedía Chevrier- no deja de lado el estudio del Evangelio. “Él nos dice que debemos buscar el Espíritu de Dios en el Evangelio, y no en lo material o en el prestigio social, porque si no corremos el riesgo de convertirnos en profesionales de la evangelización y de la acción pastoral. Y uno tiene que ser pastor porque tiene una experiencia de fe, porque está inundado del Espíritu de Dios, para que luego en la vida cotidiana y en la tarea sea capaz de transmitirlo”, señala. En ese estudio del Evangelio también es importante la cercanía con el resto de los sacerdotes pradosianos. “Nos reunimos mensualmente para hacer revisión de vida, rezar, avivarnos en nuestra vocación y sostenemos”, explica, sabedor de que del virus de la soledad, ninguno está vacunado. ■



Desde el principio el P. Antonio Chevrier tuvo con él hermanos, hermanas y laicos que le ayudaron en su labor y a los que comunicó su espiritualidad apostólica. En la formación de los seminaristas y de los hermanos y hermanas veló especialmente por formar una verdadera familia espiritual, “una comunidad cristiana, que tiene a Dios por fundamento, su divina palabra por lazo y las mismas prácticas por finalidad” (VD 151). La familia espiritual del Prado está actualmente formada por los sacerdotes, los hermanos, las hermanas, el Instituto Femenino del Prado y también laicos. Colaborando y complementándonos para e la evangelización de los pobres; gracia que es un don del Espíritu Santo para toda la Iglesia.

■ Los sacerdotes constituyen la “Asociación de Sacerdotes del Prado”, instituto secular de derecho pontificio. No es una congregación religiosa, los Sacerdotes del Prado siguen siendo sacerdotes diocesanos, pero como todo miembro de un instituto secular, viven la consagración, el don completo de su persona, comprometiéndose a practicar la pobreza y la humildad, la obediencia y la castidad en el celibato. Los sacerdotes del Prado hoy están presentes en 47 países del mundo, en Europa y América, en África y Asia. Los prados regionales más numerosos son Francia, España, Corea, Brasil, Italia, Vietnam, Colombia, México y Oriente Medio.

Los Hermanos del Prado son laicos consagrados, es decir, viven su consagración en la condición laical. Están integrados en el instituto secular de



la asociación de los sacerdotes, constituyendo una Fraternidad, con una organización particular. Todavía son pocos, están presentes en Francia, pero también hay algún miembro en la India y Egipto .

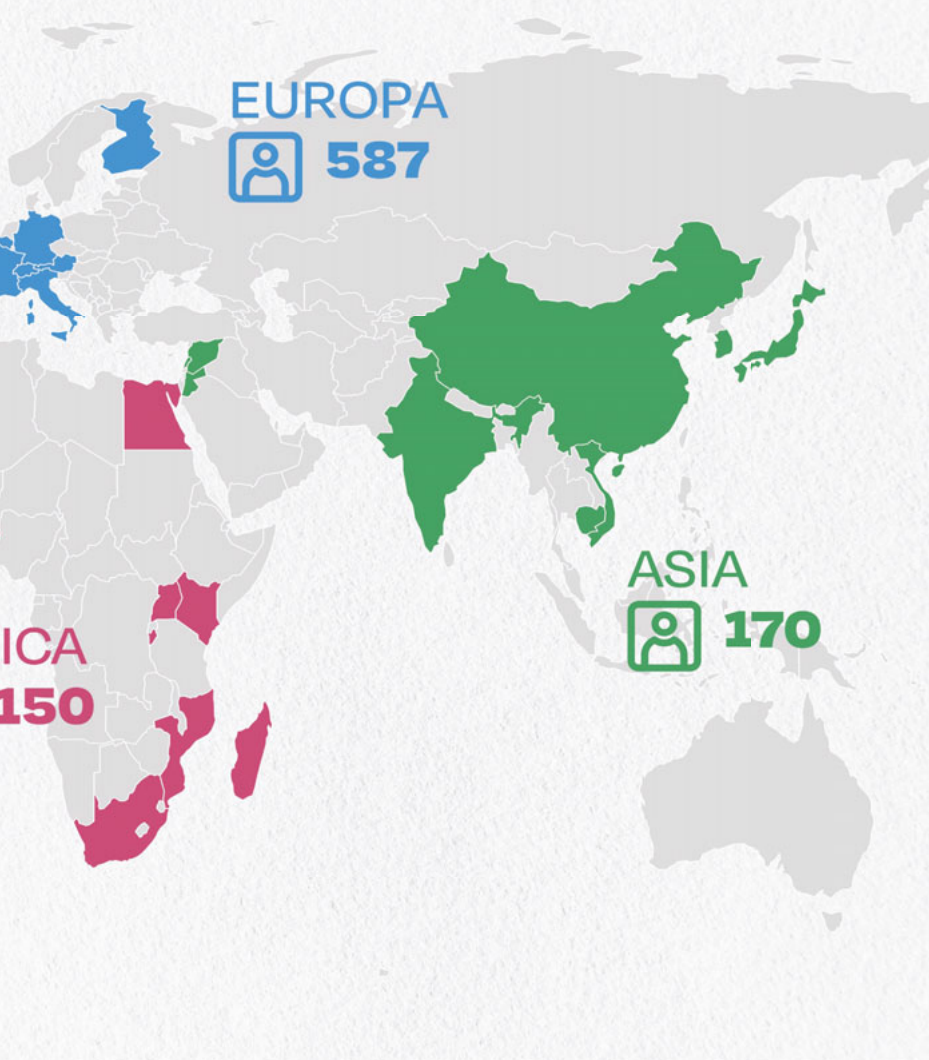
■ Las Hermanas del Prado constituyen una sociedad de vida apostólica de derecho diocesano. Viven en pequeñas comunidades compartiendo en la medida de lo posible las condiciones de vida de las gentes en los barrios y pueblos populares. Están actualmente presentes en Francia, Chile, India,

Corea y Vietnam. Si bien actualmente no hay ninguna comunidad en España, si estuvieron presentes varias décadas desde los años sesenta.

■ El Instituto Femenino del Prado (IFP) es un instituto secular de derecho diocesano formado por laicas consagradas, laicas que se consagran totalmente a Dios según los consejos evangélicos. En medio de la vida humana, participan en la misión de evangelización de la Iglesia entre los más desfavorecidos de

SACERDOTES, LAICOS Y LAICAS CONSAGRADAS,
HERMANAS Y SEGLARES FORMAN ESTE ÁRBOL FECUNDO

La familia espirit



nuestras sociedades. Hay miembros en Francia, España, Chile, Corea, México, Líbano, Egipto, Colombia y Bélgica.

■ **Los laicos del Prado.** La forma como se organizan dentro de la familia del Prado varía en función de la situación de cada país o Prado regional. En algunos lugares como Oriente Medio, Italia y España hace tiempo se desarrollaron los laicos como miembros asociados al instituto de los sacerdotes. Tiene un funcionamiento propio, pero

recibiendo el apoyo y la formación para ser “asociados” a la vocación y la misión de evangelizar a los pobres llegando a ser corresponsables del desarrollo del carisma, siempre desde su estado laical, en medio de sus compromisos familiares, laborales y sociales, y participando de la vida de sus iglesias locales.

Cada rama canónica somos institucionalmente independientes, pero formamos una familia espiritual, fundada sobre el amor y el conocimiento

de Jesucristo y el deseo de poner en práctica su Palabra. Tomando como guía al P. Chevrier, procuramos con la ayuda del Espíritu Santo, ser verdaderos discípulos y apóstoles de Jesucristo. Vivimos la vocación de forma distinta y complementaria y nos apoyamos para una mayor fidelidad a Jesucristo y al carisma pradosiano.

Todos los pradosianos procuramos llevar una existencia sencilla y cercana a los pobres. La forma concreta varía según la condición de cada rama, pero procuramos que la sencillez y la pobreza que nace del conocimiento de Jesucristo, sean el carácter distintivo de nuestra vida.

La vida fraterna es también una dimensión común de todos los pradosianos, ya sea viviendo en comunidad, como las hermanas, o una vida de equipo. Es el espacio de comunión para la misión, es un lugar de oración, de interpelación, de discernimiento y de conversión. También es una experiencia de escucha, amistad y apoyo.

Un signo común importante es la diocesanidad que marca nuestra familia espiritual. El P. Chevrier no busco crear una orden religiosa, pero sí busco que en la Iglesia diocesana se pudiera desarrollar la misión a la que se sabía llamado de evangelizar a los pobres y formar sacerdotes y apóstoles pobres para los pobres. Así los sacerdotes pradosianos mantienen la condición de sacerdotes seculares; los laicos pradosianos –los consagrados y los asociados– participan en la vida de su Iglesia diocesana, con y como los otros cristianos laicos, y las hermanas colaboran en las parroquias de los barrios donde están presente. No tenemos una pastoral propia, pero sí nos caracteriza la misma orientación apostólica. ■

ual del Prado hoy

‘El camino del discípulo y del apóstol’ (Esepé, Madrid 2020) es una biografía realizada con una selección de textos, muchos inéditos, del propio Chevrier realizada por **Y. Musset**. En este último nos encontramos con textos tan emocionantes como el esquema-redacción de la homilía del día de la Epifanía posterior a su experiencia de Navidad, o con los reglamentos de vida que fue redactando (a modo de “proyecto personal de vida”) a lo largo de sus años de ministerio. Podríamos decir que es una biografía desde sus propios textos, en los que se manifiesta lo que hacía y cómo sentía todo lo que estaba viviendo.

Entre los libros que hacen una reflexión sobre la espiritualidad del Prado, el más divulgado es el de monseñor **A. Ancel**, ‘El Prado. La espiritualidad apostólica del padre Chevrier’ (Monte Carmelo, Burgos 2009); de este mismo autor es ‘La pobreza del sacerdote’, en el que se profundiza en ese aspecto de la espiritualidad sacerdotal tan olvidado tantas veces.

Un libro clásico, recientemente traducido al español, es ‘El Cristo del padre Chevrier’, de **Yves Musset** (Fonte, Burgos 2026). También son muy interesantes los libros de **Antonio Bravo**, que fue durante muchos años responsable general del Prado, en los que se desarrolla una espiritualidad fundamentada en el Estudio de Evangelio: ‘Eucaristía y sacerdocio’ (Sígueme, Salamanca 2004), ‘La oración del sacerdote’ (Sígueme, Salamanca 2005), ‘Meditaciones sobre la alegría cristiana’ (Sígueme, Salamanca 2012).

Bibliografía pradosiana básica

UNA REVISTA TRIMESTRAL CON SABOR A EVANGELIO

Especial importancia tiene la revista ‘El Prado’, una revista trimestral en la que diversos sacerdotes del Prado van publicando textos de su propia experiencia y reflexión sobre su espiritualidad sacerdotal pradosiana: Estudios de Evangelios, páginas de sus Cuadernos de Vida, testimonios y noticias diversas. Esta revista también se hace eco de la experiencia de las otras vocaciones pradosianas: los laicos, las religiosas y las mujeres del Instituto Femenino del Prado; así como de colaboraciones de personas que, sin ser de la familia del Prado, pueden ayudar a profundizar en la espiritualidad de las comunidades pobres y evangelizadoras.

En ese mismo esfuerzo, cada dos años se publican las actas de las sesiones de formación, abiertas a toda la familia que comparte el carisma y a todo el presbiterio. Las últimas han sido: ‘Comunidades eclesiales significativas’ (2015), ‘El celibato fuente de espiritualidad y fecundidad apostólica’ (2017), ‘La pobreza del sacerdote’ (2022) y ‘La oración del sacerdote’ (2024).



‘Escritos espirituales’ es una pequeña selección de textos realizada por temas. Quizás sea el libro más indicado para comenzar a acercarse a la espiritualidad y el carisma de Chevrier.

Varios libros pueden servir de acercamiento a su biografía, desde el más extenso de **J.F. Six**, ‘Un sacerdote, Antonio Chevrier’ (Fonte, Burgos 2016), a uno más pequeño de **P. Berthelón**, ‘Antonio Chevrier’.

El libro clásico y fundacional del carisma pradosiano, tanto para los sacerdotes como para las religiosas y los laicos, es ‘El verdadero discípulo’ (Monte Carmelo, Burgos 2006), escrito por el beato **Antonio Chevrier**. Él no era un hombre dotado para la literatura, pero su enorme carisma y vocación para evangelizar le hizo escribir un libro de espiritualidad apostólica y misionera adelantado a su tiempo en muchos aspectos. No fue pensado como un libro de lectura espiritual al uso, sino como un manual para la formación de seminaristas. El primer capítulo está dedicado a Jesucristo como Hijo de Dios; el padre Chevrier quería que los niños y los jóvenes reconocieran a Jesús de Nazaret como el Verbo de Dios, y no como un sabio o un reformador social, imágenes que ya aparecían en el ambiente descristianizado del barrio de la Guillotière. Por su afán por conocer a Cristo en la Palabra, descubre la profundidad de la categoría espiritual del seguimiento de Cristo: en su forma de evangelizar, en sus combates con el mal, en su pobreza, etc.

En el libro de ‘Cartas’, también de su puño y letra, nos encontramos con la frescura y el calor de su espiritualidad apostólica del día a día. Hay cartas dirigidas a los seminaristas, a las religiosas, a personas que se dirigían con él. Las hay exigentes y tajantes, y tiernas y consoladoras.



¡Oh Verbo! ¡Oh Cristo!
¡Qué bello y qué grande eres!
¡Quién acertara a conocerte!
¡Quién pudiera comprenderte!

Haz, oh Cristo, que yo te conozca y te ame.
Tú, que eres la luz,
manda un rayo de esa divina luz sobre mi pobre alma,
para que yo pueda verte y comprenderte.

Dame una fe en ti tan grande,
que todas tus palabras sean luces que me iluminen,
me atraigan hacia ti y me hagan seguirte
en todos los caminos de la justicia y de la verdad.

¡Oh Cristo! ¡Oh Verbo!

¡Mi Señor y mi único Maestro!

Habla, que quiero escucharte y poner en práctica tu
palabra.

Quiero escuchar tu divina palabra, que sé
que viene del cielo.

Quiero escucharla, meditarla,
practicarla,

porque en tu palabra está la vida, la
alegría, la paz
y la felicidad.

Habla, Señor. Tu eres mi Señor y
mi Maestro.

Quiero escucharte sólo a Ti.

